

CAPITULO XX.

Los combates de la Cruz.

Los demas historiadores, podemos decirlo con Eusebio, no han descrito mas que combates, victorias, trofeos; las grandes acciones de los capitanes y de los soldados que han mojado sus manos en la sangre de sus semejantes por la conservacion de su pais y de sus bienes; pero nosotros que trazamos la historia de un reinado celeste y divino, no tenemos que contar sino guerras santas que tienden á una paz espiritual, combates emprendidos por la defensa no de posesiones efímeras de este mundo, sino de la verdad que es eterna; trofeos erigidos contra potencias invisibles, coronas inmortales é incorruptibles.¹ Parecia que la cruz que avanzaba anunciando á los pueblos la virtud, la paz y la dicha, no habia de encontrar en su paso ninguna resistencia, tanto mas cuanto que en vez de apelar á la fuerza, ella no se servia de otra arma que de la persuasion; que lejos de suscitar los celos del orgullo, desplegando un grande aparato, no se presentaba sino bajo la forma de la humildad, de la pobreza y de la debilidad. Pero era muy necesario que esta humildad fuese de la grandeza, esta pobreza de la riqueza, esta debilidad de la fuerza, porque de golpe se vió dirigirse contra ella un ejército numeroso de formidables enemigos. Se desprecia á un adversario impotente, se desdeñan vanos ataques; y si la cruz tuvo los honores de la guerra y de una guerra terrible, fué sin duda porque valia la pena de ser atacada. Muy poco

¹ Eusebio, *Hist. eccles.*

han querido comprenderlo, y demasiado han procurado disimularlo, pero esto solo, es por sí un gran milagro. Que doce pobres pescadores, discípulos de un maestro crucificado, sin otras armas que su ruda palabra, sin auxiliares de ninguna especie, abandonados, solos en medio del mundo hayan podido provocar contra ellos no solo una lucha formal, sino aun más una lucha reñida y desesperada de todas las potencias de la tierra, es un hecho que no tiene semejante, es la revelacion de un orden sobrehumano, es un verdadero prodigio. El pasado ha contemplado este prodigio, y el presente puede admirarlo todavía.

Todos los enemigos de la cruz de que hemos hecho una enumeracion en el capítulo precedente, espantados de los progresos inesperados y de la vida que ella habia encontrado en la muerte, se levantaron como un solo hombre para oponerse á sus invasiones y defender de la ruina sus intereses, sus pasiones, sus doctrinas, sus instituciones, sus privilegios, sus tiranías, firmes y robustos por la religion, por la ciencia, por los hábitos, por las preocupaciones, por el patriotismo, por una prescripcion en fin de cuarenta siglos. Ellos tuvieron á su disposicion y emplearon todas las fuerzas del mundo: la fuerza material, la fuerza intelectual, la fuerza sensual, la fuerza de inercia; y fueron secundados por dos terribles obstáculos: el espacio y el tiempo.

Sigamos las faces de esta gran batalla que se puede llamar muy bien la batalla de la vida, y contemos los rudos asaltos que tuvieron que sostener los soldados del Calvario antes de poder hacerse dueños de la posicion y enarbolar en ella para siempre el símbolo de la libertad del alma santificada.